



J. H. A. NAVARRO G.

ESTAMPILLAS

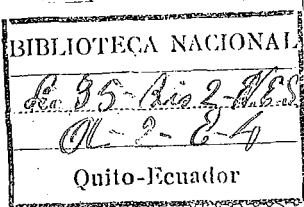
Anotado por el Jefe de Canjes



**-PRONTUARIO DE UN
EX-CONSCRIPTO-**

QUITO - ECUADOR

Editorial. LUX- Quito.



*A los conscriptos del año 17 - vasos
comunicantes de una misma tragedia -
cordialmente.*

*Te a la mujer incógnita aún, decretada
en mi vida.*

EL AUTOR.

Quito, Julio de 1938

LIMINAR

Nos hemos librado del naufragio universal, que afectaba los 4 puntos cardinales de nuestra personalidad. 11 meses de permitencia dentro de "capotes militares que huelen a bestia i a relámpago". Jugando a la gallina ciega i a la guerra. Obscuridad completa i avesamiento en el "arte militar" de asesinar humanos.

Esas imitaciones de zebras que pueblan los presidios - me imagino - que tomarán a serio la profesión de matar hombres, pero otros juegan con ella. Hacen jugar con ella a juventudes que van allí bajo una rotulación de conscriptos - galeotes uniformados de "fantoques sangrientos".

Ahora que puedo hablar sin previo permiso. Sin formar el ángulo de 45 grados con los talones. Ahora que tengo los pulmones llenos de aire puro - sin despatarrarme i gesticular como monigote - quisiera que me digan "los señores oficiales" los beneficios de nuestra conscripción.

I yo les voy a decir - a mi vez - los beneficios míos. I los de mis compañeros. A más de los ahorros i de las ropas prestadas.

Quiero desahogar.

Ya no me anuda la garganta la boa constrictor del llamado REGLAMENTO. Quiero sacudir esa decoración de mediocridades oropelescas. De "generales de naipe", que disipan "el aburrimiento de estar pintados en la baraja", visitando cuarteles.

Quiero gritar con ímpetus de tumbo.

Lo que yo he atisbado en estos otros ejemplares de presidio. Donde desfilan hombres "en vergonzante imposición ascendente, llegando hasta la oficialidad i hasta el alto comando".

Ya no es LITERATURA solamente.

Soy - así me lo dice mi carnet de licenciamiento - el conscripto 271 del batallón "Eloy Alfaro", calificado de soldado "muy bueno".

He asistido al naufragio.

SIMILITUD DE CONTENIDO GASEOSO

El temporal de un decreto hizo que atracara mi alma-
día a la ribera de un estuario de estridencias de acero.

Burilado de suavidades de rima i soledades de incon-
forme, fui a dar en aquella rada de cerebros idénticos.
Donde se contemplaban rostros tatuados por la incle-
mencia del vicio. Empedernidos de alcohol i de muje-
res baratas. Desnudos de aderezos morales, que pensaban
i sentían exactamente. En quienes como huella de perso-
nalidad sólo les quedaba el partido disímil del cabello.

Tribus danzantes al rededor de una hoguera atiza-
da por el triunfo del inconsciente.

Recordé

Me habían hablado de unas tierras inhóspitas que
se llamaban cuarteles. Buzo en mi uniforme gris de
soldado, estrangulé mi fusil, con rabias de desairado
capitán de barco. Empecé la vida de ellos - aparente-
mente - barbotando mi protesta cotidiana tinturada de
sonrisa conformista.

Observé.

Como en otro tiempo las alineaciones de las letras
en los libros, hombres unos junto a otros. I fui uno
de ellos. Formando un panorama monocromo i sumi-
so. Pendiente del grito del cuentayo: ¡Atención! ¡Fir!

Agrupaciones con psicología de mesnada.

I taladré sus cerebros.

Ausculté - entonces - en ellos, una similitud de con-
tenido gaseoso. Comprendí que el aire - vaciedad cere-
bral - de estos señores, era de la misma naturaleza que
la de sus botones dorados.

Así están formados los cuarteles. Por una aleación
necesaria de comprobación gregaria.

I di la razón a las mujeres bonitas.

**BIOGRAFIA TRUNCA DE
UNA CORNETA**

Buñda estridencia de corneta hace trizas el silencio. Su chirrido es la consecuencia de una filtración de aire a través de su garganta. Un soldado vacía sus pulmones - en apretado beso circular - al borde de sus labios. O - tal vez - vacía el contenido de su cerebro - maraca de aire con emanaciones alcohólicas.

Un civil no podría tomar a su cargo una corneta. Su displicencia margina su origen cuartelario. Sentó plaza desde su más tierna infancia. Su faz cetrina - monumento al exceso - se ha acercado a retirar su cédula de identidad con el ambiente. Debe ser un diminutivo del modelo máximo de corneta, que Cristo exhibirá en el Juicio Final, en uno de los escaparares de la avenida más concurrida del valle de Josafat.

Porque se ha mirado al espejo notando que su perfil es idéntico. De resurrector de muertos. Nielador de la somnolencia madrugadora de la soldadesca que reposa en la paz de la tumba.

Su travesura hunde - diariamente - palillos en todos los auriculares.

Se alzan - resurrección cotidiana - en ascensores de pereza. Despojándose de una trepadora de lascivias, que no conocieron horizontes. Los ñatos tienden al sol sus mercancías i sus frascos de olores.

Se escucha todo el diccionario de una necrópolis amoral de resonancias cosmopolitas. Juegan al ping-pong con las palabras soeces, como harán los muertos al sentirse con miembros trocados. Con piernas homofílicas i endeblés, habiendo sido las suyas de un luchador o corredor de olimpiadas.

I exactamente iguales, mostrarán - en su contorno - los miembros viriles para recibir el visto bueno de sus amigos, viejos apreciadores de euritmia.

BUENOS DIAS, BATALLON

El centinela enseña a los transeuntes huellas violáceas que la aurora ha olvidado en su rostro.

La mañana tirita de frío. Envuelta en su pijama trasnochada sale al sol, a calentar su cuerpo ensereñado. Quizás emprendió una marcha noctámbula con la oficialidad del batallón. La soldadesca -junto a la mañana- orea sus cuerpos.

Un súbito clangor causa revuelo en el cuartel. En todos los hombres se percibe una fuerte inmigración de inquietud.

Con gestos de enredaderas empuñan los fusiles. Dan el último retoque al incómodo casco -diminuta tortuga herrumbrosa- i -presurosos- acuden al sitio designado en la fila.

Una oleada de gritos mayordomiles densa el ambiente. ¡Forme la primera compañía! ¡Forme la Armas Pesadas! ¡Mueva, mueva las piernas! ¡Saque las manos de las.....!

Unos tantos minutos, i la tropa está formada. En actitud congelada de estatuas.

Uno a uno, comienzan a llegar los oficiales, en romería intermitente. La corneta ya no llega hasta ellos. Están blindados con estrellas y con guantes.

Un shock de parálisis colectiva invade al batallón. El ángel del silencio va haciendo una crucecita en todos los labios, en su labor exterminadora de sonrisas.

En melopea tosca de espolines y tacones acentuados, avanza un hombre de mediana estatura, impecable, como cupletista en escena. Con la gorra en su sitio reglamentario: la cabeza. Sí, el Reglamento dice que es allí donde se debe poner la gorra.

Otro oficial sale al encuentro del condottiere. En momento de feliz coincidencia, levantan las manos a la visera, en pose de marionetas rígidas.

El jefe pasea el radio de su visual por encima de sus subalternos. Con ojitos de turgencia cabaretista.

Exclama con voz velada:

Buenos días, batallón.

Su saludo que cuesta a la Patria 30 sucres diarios.

La tropa sigue en pos de su tráfago monótono, a fuerza de ser diario i fácil.

El comandante sube a su pieza. Honrado servidor de la Nación, a devengar su sueldo: exhibiendo su enhiesto bulto de escultura barata, deletreando periódicos, telefonando a las queridas. Ah, fumando i firmando libretas de permisos.

Todo esto a orillas de un cómodo sillón.

PLEAMAR DE CONOCIMIENTOS

La bandada de avecillas de variados climas revoloteaba incesante por los ámbitos del cuartel. Aprisionada frente a lo fatal. Por un terno que al pasar por las calles les arrancó carcajadas. Por un ambiente que nada tenía -ahora- de las emanaciones tibias del hogar. Por un paisaje opresor, formado de paredes tristonas, pintarrajeadas de cal en metamorfosis de colorido.

Agrupaciones en corrillos martillaban el último recuerdo de la calle. Como navegantes antiguos -nostálgicos i gárrulos- que se alejaban -por un tiempo o por siempre- de la civilización.

Yo participaba también de estas emociones. Pero solo, para sentirme fuerte. Una galería aislada, en uno de los ángulos del cuartel, era la confidente de mis extrañas fruiciones.

El comprobante de la depresión moral lo retirábamos -ya en la calle- en las cantinas de la ciudad. Naufrago en mi toilette en trance de desproporción, no acertaba a comprender mi presencia en el lugar. De caras novedosas. De hombres que llevaban -ya- con soltura su vestimenta. Que enfatizaban el paso, i a quienes se les sobresaltaban los tóraces.

A la de-re; no vale. A la iz-quier; mejor. A la cuadra, mar. Quier, dos, tres, cuatro.

Unos detrás de otros -aprendices de rebaño- tomábamos asiento sobre unos camastros. Asistíamos a una clase de moral i cívica. Se volatilizaron mis impresiones. La alegría coleccionaba pellizcos en mi alma. Me predispose a la risa. Intima -desde luego- porque a mis espaldas yacía un cabo segundo de color, olor i sabor de esfinge.

El catedrático no se hizo esperar. El talento que estaba solventado por dos estrellas que anidaban en sus hombros. Reforzado con un paso ecoico, marcial, que retemblaba la sala.

I comenzó a hablar.

Un trozo de zípper me tapó la sonrisa a lo largo de los labios. Una llovizna frígida me inyectaba pavor. Freud, Young, Adler, en sus permanentes viajes al inconsciente, nos traen -casi siempre- sorpresas acerca de su geología. Pero no debe ser así. Un oficial del ejército ecuatoriano ha realizado el milagro. Habla naturalmente sobre el inconsciente, con fluidez de arroyuelo. Con facilidad de agitador de coktailera. -Inconscientemente- se abrió el capullo de mi boca. Los términos no me eran desconocidos, pero sí tan prodigiosas combinaciones. Aquí podría intimar con una nueva geografía del inconsciente.

Tímidamente volví la cabeza.

Rostros flamantes de importación aldeana. Facciones endurecidas por el barro de las construcciones. Hombros que se peleaban con las blusas libres de la dominación plúmbea de los ponchos. Pies enseñoreados de libertad amoldaban sus resquebrajaduras.

Todos, todos habían paralizado un bostezo.

Frente a este auditorio, un sargentón -arlequín con uniforme militar- hacía malabares i fabricaba coktail's con términos de Psicoanálisis.

UNA ENTREVISTA I SU ESQUEMA



Insistente crepitar de sables. Echamos anclas en el canal de una zona militar.

—Tac!

—Buenos días. Un Comandante.

—Tac!

—Buenos días. Un capitán.

—Tac!

—Buenos días. Un Teniente.

—Tac, tac, tac!...

El saludo juntando los talones es un acierto de sinceridad militarista.

¿Merecemos o no que nos saluden con los pies?

—Háganos el favor de anunciar a mi coronel, que desea hablarle una comisión del batallón "Eloy Alfaro".

—Que pasen.

Las rodillas comenzaron a darse de codazos hasta amarillarnos el cutis de la cara. Un ligero tremor nos acariciaba la piel. Conocíamos antecedentes de aquel a quien nos acercábamos. Que era un perfecto soldado. "Gran militar": libaba licor en abundancia i tenía "gran voz de mando". Energía desperdiciada en gritos, que podría -con mejor éxito- convocar i dar ánimos a gran número de labriegos en cualquier cosecha.

—Tac! Permiso, hablamos, mi coronel.

—Sentarse.

Una voz engolada nos fulminó en el regazo de un sillón.

—Qué desean.

Bogaba el diálogo. Remábamos por turno, unas veces él, otras nosotros. Le hicimos el inventario de nuestras apreciaciones. Se inquietó; no son soldados. Había que atragantarse con los carajos.

Las palabras desnudaban -en climax- a nuestro héroe. Hablábamos desde un tercer piso. El contestaba desde el pavimento de la calle.

Imprudentemente -traición del subconsciente- se nos

escapó la palabra "prerrogativa", que fué a chocar contra los oídos de mi coronel, como la roseta en la epidermis de un toro que se precipita al ruedo.

—Sabe usted, lo que es prerrogativa, dirigiéndose a mi que soy moreno con mayores probabilidades de ser soldado.

Mis dientes forzaban por asomarse atacados de curiosidad compasiva.

—La exención de la ley.

—No es eso. Usted no sabe nada.

I tenía delante un diccionario. ¿Porqué no mandarnos fuera un momento?

Al tiempo de encasquetarnos las gorras soltamos una carcajada unánime que resonó en la plenitud de la calle. Esgrimimos con nuestra mirada i quedamos de acuerdo en que salíamos de hablar con un tipo de bovino acodado a la borda de bruñido escritorio. Circuío por una estratificación de libros i folletos que saben de todas las clasificaciones del reposo.

Unas tras otras las burbujas -los días- van diluyéndose en la superficie del tiempo. El coronel de nuestra entrevista- seguramente por su versación en leyes, ha acoderado en el Ministerio de Gobierno.

—Sabe lo que es prerrogativa.

—La exención de la ley.

—No es eso. Usted no sabe nada.

INDICADOR ONIRICO



La noche proseguía la construcción de un túnel para que pase su tren oscuro. Porque no es más que eso la noche: un subterráneo con exhudación de negruras i de estrellas.

Una inundación de quietud i lividez lunar rebasaba los bordes de la achacosa arquitectura del cuartel. Un negro africano -huyendo de la luna- va restregando su rostro en los rincones i retazos de paredes donde arrima su cuerpo. Algún descuidado ha olvidado fuera -tiritando de frío- 2 bombillos que están al exhalar el último suspiro.

—Conscripto Navarro.

—Firmes.

—“Imaginaria”.

—Me cago en dios.

En este ostadio de la noche, iniciaba la ocupación de “imaginaria”, para este menesteroso de sueño. Me levantaba a ingerir -conscientemente- bocanadas de un olor sintéticamente mezclado, para que fuera un éxito de transcendencia su hediondez.

A pasos largos media la sala -cuadra que llaman los técnicos. Atento a la policromía de las ratas, que fabricaban senderos por los lechos de mis camaradas. Originando una orquestación de roeduras, sinfonía plagiada a la llovizna que salpica de puntos suspensivos el follaje.

Mi fusil me contagió su silencio de artefacto. Escuché.

De todos los labios salían espirales de expresiones de una libido urgentísima. Ensoñaciones febricitantes de posesiones no realizadas aún.

Cuántos estarían matizando de espermatozoides la albura estrellada de las sábanas. Se percibía -únicamente- ronquidos con música de violones, gritidos i blasfemias.

I comparé el cuartel con las casas de lenocinio. Con un establecimiento donde se modelan los futuros ha-

bitúes de las clínicas de profilaxis blenorragica. Los conquistadores de lupanares.

Me alejé de ahí a respirar aire puro. Mi fusil me contagió -también- su frigidez de acero. Apretándole entre mis brazos -con la preferencia que tengo de lo inanimado sobre lo humano- empujé mis pasos por corredores, que debieron ser condiscípulos de los de la Cartuja de Chopin.

Cristales pálidos -en chorro permanente- atravesaban la claraboya de la luna, dejando caer su escaracha sobre mi rostro amarillento. Los fantasmas hacían funcionar las bombas de los inodoros. El cielo arrojaba su confeti de estrellas sobre la miseria del mundo.

**ETOPEYA DE UN OFICIAL,
QUE ES LA CONTINUACION
DE SU BOTA**

El día desató sus amarras volcando sobre la mañana un diluvio de luz. La ringla de casas -a la ribera de la calle- extendía solitarios de sombras, queriendo adivinar el porqué de su estatismo. Semejaban un gran puerto con sus penachos de humo. Un puerto de navíos declarado en huelga de movimientos.

El batallón marchaba desenrollando su columna de hombres. Claveteando -acompañadamente- maripositas luminosas en el álbum de la calle. Los vehículos cruzaban veloces temerosos de llegar tarde a la oficina i los hombres con cabecitas de macetas, en cuyo cráneo agonizó toda florecilla que pudo engendrar una idea.

Caminábamos perforando la mañana con un estrépito de cornetas.

Las mujeres se asomaban al paisaje con propaganda de estupro. A leer en nuestros rostros los marbetes morados, que el frío había colocado -minutos antes- en todos los rostros. Salían a los balcones a dirigir miradas a oficiales barbilindos, a nombre de la confederación de mujeres solteronas.

Junto al batallón caminaba un capitán, que ascendió en la misma época de su estómago. Con franjas otomales, residentes en los costados del pantalón i la gorra. Ensamblado -lógicamente- en un caballo.

Yo no concibo un oficial sin su respectivo caballo. Sintiendo el vértigo de la elevación. Columpiando su promopopeya amarrada al avatar de su jamelgo trotón.

Así andaba mi mañana, cuando se declaró la sublevación de mis antebrazos.- No podían soportar por más tiempo el hurgar del armamento inquieto a la espalda. Separé las manos de las correas -brazos del armamento.

¿Quién es ese conscripto.

Yo, mi capitán.

TONTITO, andando como cura. Porqué no le da una

patada el de ahí a lado. Ve cruzado los brazos.

I me decía tonto a mí que le podía dedicar una estampilla, con su ligera etopeya. Un capitán que -oportunamente- se estrelló contra la facultad de Ingeniería. I se embarcó en un internadero de vegetales raquíticos -un colegio militar- que debe ser fecundo, porque acapara los desechos. Un fracasado que pudo ser poeta, pero devino en bota.

DIATETICA CUARTELARIA



Silo inconmensurable urdido con irradiaciones de ópalo. Prisma arrancado de algún cuadro surrealista, que logró aprisionar el psiquismo cuartelario, colindante de una descomposición que es luna llena.

Excavaciones recientes succionaron esta arqueología del abigarramiento.

Cuántas generaciones decurrían por aquí, arrojando a sus paredes -al iniciar la peregrinación del desaseotikets de cochambre.

Mosas intervaladas para el salto de vallas de los comensales, en las cuales el tiempo se encargó de cubrir con tobas mugrosas los manteles de tabla. Variadas conscripciones derramaron sus tinteros de comida para confeccionarse un rodapié. I un parquet.

Un bartal de hombres va dispersando sus cuentas -en fragmentos- para asistir a la disección del viandaje.

Quién me da la carne por el plátano.

Qué me dan por la sopa.

Una carne que se esfuerza por ser pastilla comprimida i una sopa que -para negar su parentesco con el hielo- se ha solidificado al calor.

Las cáscaras de bananos expoliaron el sitio de las servilletas antes de su conversión en proyectiles.

Porqué no te comís con todo, hijo de.....

A la entrada las blenorragias -estrategas de las enfermedades- se ha disfrazado de soldados, con máscaras aceitunadas. Todos -cambalache ecuménico- han tornado los sigomáticos con resortes de ametralladoras. Talvez, de la varilla recuperadora. Dijérase que es un almuerzo de tiburones. La olimpiada de incisivos i molares. Otros imitan al porcino para alegrar la deglución. Con música autóctona de masticar indiano-campesino i de frecuentadores de figón.

Los aldeanos i habitantes ciudadanos de fondos bajos, ya no asisten al almuerzo -en la pocilga- con alpargatas i sacos polvorientos. Ahora van con zapa-

tos i ropaje de soldados, pero a la misma pocilga.

—Permiso, mi cabo, se alza la mesa.

Es la frase que ha llenado la vacante de:

—Dios le pay, taita.

Pero la guerra es de cerdos, i necesitan su training.

En la soledad, el comedor semeja un hermano menor de otro de presidio abandonado. Donde -en cada ventana- coccionaban los presos sus alimentos i juntaban su tedio a las barandas.

TERMINAL



Este es el diminuto retablo de mis experiencias. La verosimilitud que se esfuerza por ser verdad. Que guarda el tatuaje de una mañana acuática poblada de piolines turbios de la tierra marioneta, en que -luego de haber terminado su alocución patriótica un general, Dictador de una nación- hizo exclamar -veladamente- a un obrero anónimo, conscripto también:

---Mi General, a la una tocan llamada de analfabetos.

Quito, agosto del 38.

INDICE

dedicatoria	cuartilla número 1
Unólogo	cuartilla número 2
afuerititud de contenido gaseoso	cuartilla número 4
biografía trunca de una cor- ueta	cuartilla número 6
buenos días batallón	cuartilla número 8
plazas de acomodamientos	cuartilla número 10
una entrevista a un esquema	cuartilla número 12
Indicador impleo	cuartilla número 14
atopaya de un oficial que es la continuación de su bota	cuartilla número 16
diatética cuartotaria	cuartilla número 18
terminal	cuartilla número 20

obra del autor

ninguna

en preparación

nada